

cancías, pues que tiene recursos bastantes para soportar las eventualidades del Destino, cual tiene en sus arcas oro bastante para prevenirse contra las fluctuaciones del mercado, está allí cerca, muy cerca; la Brigada de Pillow al Poniente; las baterías uno, dos y tres de la Brigada de Quitman de la División de Twigs, por el Sur; el Molino del Rey ensangrentado, derruido, vacío: no, digo mal, ya lo ha vuelto á ocupar el invasor, y en él acampa, lista para partir, la fresca y potente División de Worth; el camino que conduce á Tacubaya es ya del extranjero, pues en Tacubaya precisamente radica el Cuartel General de Scott; el cerco es, pues, completo, y entre tanto, durante esta expectación, el cañón yankee por sus veinticinco bocas vomitando fuego sobre ese Castillo de endeble fortificación, de incompletas obras de defensa, que tiene por única muralla una banqueta de arena y de alambre apoyada en la pared que le sirve de parapeto, y con aquel certero fuego arrancando en el día blocks y puertas y llenando en las noches de cadáveres y de heridos las piezas altas del edificio destinadas para hospital de sangre.

Desde hace cuatro días aquellos niños están contemplando desde lo alto de la cima los combates que se libran abajo en la llanura, y han visto ser atacadas por el invasor las dos fuertes posiciones del Molino del Rey y Casamata, y aun cuando ambas son bizarra y heroicamente defendidas, y la primera de ellas reconquistada una vez por nuestras tropas, caen definitivamente en poder del enemigo; han visto la Brigada de León, compuesta de los batallones «Liberdad», «Unión» y «Querétaro», desplegar indómita bravura, y han visto el heroico Batallón de «Mina», á cuya cabeza se distingue la bizarra figura de Lucas Balderas, entrar al ataque con brío, con finpetu, y ser, sin embargo, rechazado, quintado, derrotado completamente por las piezas de sitio que manda el Capitán Hugher y por la columna de ataque de la Brigada Cadwalader; han visto que la batería que dividía esas posiciones defendiéndolas, ha vuelto sus fuegos fratricidas sobre nuestras tropas en derrota; han visto la caballería de Andrade, fresca y potente, retirarse por detrás de la hacienda de los Morales, rumbo á Anzures, sin querer entrar, cobarde, al combate, y han visto, en fin, que toda la llanura es ya del invasor.

El heroísmo sacrificado, la matanza dando el brazo á la derrota, las últimas defensas perdidas: esto es lo que contemplan sus ojos hacia abajo. Pero lo ven allí en su interior, en el mismo círculo de hierro en que están encerrados; allá, en el Castillo, es aún peor; ven que el viejo General Bravo, el héroe de Medellín, á cuyo mando está la fortaleza, ha tenido entrevistas con el Presidente Santa Anna, urgiéndole que mande allí tropas para defender el bosque é impedir la subida al Castillo, y que Santa Anna, no obstante convenir en que así lo haría, en la noche de la víspera del combate ha retirado sin aviso alguno las fuerzas de Rangel, so pretexto de mandarlas á defender las garitas del Sur. Son testigos de las angustias de Bravo y de Monterde y escuchan de los labios mismos de esos ancianos, trémulos de vergüenza, todas las rencillas, todas las discordias que han dividido y dividen entre sí á los principales jefes desde el principio de la guerra y cuyo siniestro desenlace han sido las tristísimas catástrofes de Churubusco y de Padierna. ¡Ah!, no era bastante para ellos ver la matanza, los batallones destrozados, muchos de sus camaradas caídos muertos á su lado, la bandera de la Patria por el suelo, la artillería abandonada, su vida en inminente peligro, los invasores triunfantes.

Aun tienen que entristecer sus pechos conociendo todas estas disidencias, todas estas infamias que se proyectan en la Historia como negras manchas; y, por último, cuando sus ojos se convierten á la Capital, donde se distinguen las agujas de la torre de la Catedral y rompen la bruma los más altos edificios y reflejan la luz las más brillantes cúspides, y buscan entre ellos, como punto de orientación, el lugar donde radican sus hogares, sus benditos hogares, para enviarles su último beso y su último saludo, lo que de allí les llega es el rumor de una tiranía militar terrible en las calles y en las casas, de una fiscalización odiosa por las tropas, y obstáculos é imposibilidad para comunicarse con ellos mismos, con ellos, que muy en breve serán sacrificados aquí en el cerro. Vanos han sido los esfuerzos para llevarles auxilios particulares; desoídas las súplicas de todos los parientes que, con el pecho palpitante, inquietan por la suerte que espera á los seres amados; é indiferentes, hasta ante el triste, tristísimo espectáculo de la pobre madre que, con los labios cárdenos y el mirar errante, pregunta por el hijo, por el hijo de sus entrañas, que no volverá á ver más en esta tierra! Esto, todo esto es lo que han visto y lo que han oído y lo que saben aquellos niños! Ahora, ¿queréis saber lo que han sentido? Pues os lo diré en una sola palabra, para no debilitar el pensamiento: han sentido la indignación. La indignación, que es la última virtud de los pueblos en decadencia; virtud pasiva, sí, pero que cuando radican sus efectos en seres que se hallan en esa edad tranquila, en la que se tiene el pecho lleno de alegría y la mente de cariñosas ilusiones, y los lejos resplandecientes de la vida se vislumbran como un rosado horizonte de promesas de gloria, se llama entonces fuerza, acción, violencia, arrebato, poder, grandeza, genio. En ella han fundido el sentimiento más puro, el amor á la Patria! Y ya no vacilan, ya están resueltos. Morir es lo que necesitan y morir lo que anhelan; pero no por medio de cobarde suicidio, que busca el medio más estéril y más rápido para separar el espíritu del cuerpo; no: morir como soldados, que no en vano visten el uniforme de cadetes y no en vano han jurado fidelidad á la bandera que aun flamea en el topo del caballero alto; morir matando, entregar la vida sólo cuando el destrozo haya arrancado el brazo que empuña el arma animada con el brío que dentro del pecho rugie; ver de frente la muerte, acudir á ella, retarla!

Ya puede Scott dar la señal convenida á las columnas de ataque; ya pueden venirse éstas como enorme avalancha que sobre el Castillo se derrumba; ya pueden con sus hurras, semejantes á los alaridos de los indios de la sierra, llenar los aires, en donde aun no se disipa el humo de los cañones, que callan por un instante después de haber atronado sin cesar durante cuatro días; aquí los aguardan los niños, los héroes decididos, resueltos, porque han fundido todos sus sentimientos, todos sus dolores, todos sus desencantos, todos sus anhelos y todas sus emociones en una sola, en la indignación que les grita: «Mostrad á esos hombres fuertes, que de su fuerza abusan, lo que es la juventud nacional, y enseñad á vuestros jefes cómo se defiende el plantel que os educa!»

Y la iniciativa individual comienza. Cada uno escoge el sitio más propio para desarrollarla, cuidando muy bien de aprovechar los pocos cartuchos de que dispone; un grupo de ellos corre hacia las pesadas piezas y las arrastra hasta la barda y las afoca y las carga, y espera; otros amontonan los bloques derruidos para formar trincheras que pronto escalan. Escutia vase al pie de la bandera y «arma al

brazo» se aposta allí, centinela del honor, en tanto que el Teniente De la Barrera, con una serenidad estoica, afila en una de las lascas salientes del cerro la enmohecida hoja de su espada. . . .

Las columnas enemigas con toda similitud han obedecido el toque de ataque y van á llegar á la falda del cerro, cuando dos compañías del Batallón de «San Blas» corren á su encuentro. Va al frente de ellas, montado en negro corcel, el bravo, el intrépido Xicotécatl, que con el pelo en maraña, caído el kepí, las riendas en la boca, la pistola en la diestra, una lanza en la otra, entre nubes de polvo y salpicaduras de sangre, parece la personificación misma del heroísmo. El combate se traba cuerpo á cuerpo; el enemigo vacila; pero la Brigada de Clark, llamada urgentemente en auxilio por el mismo Quitman, que cae herido, los envuelve, los arrolla y en medio de cadáveres gana la altura.

El asalto es un hecho; las escalas se fijan en las grietas de la roca, y hombres armados de furia y de despecho comienzan á trepar por ellas. Es el primero que toma la rampa por el Oriente, el Regimiento de Nueva York con una compañía del noveno ligero, á cuyo frente va un hombre alto como un frisón, que fija una barra para escalar una zanja que le intercepta la escalera, y ya va á saltarla cuando una bala venida de la almena le toca la mitad del frontal y le hace girar hacia atrás y rodar muerto; es el Coronel Rampson el que cae y es el cadete Melgar quien lo mata. Son muchos más los que ruedan; pero á medida que los asaltantes se reproducen, los tiradores de arriba se extinguen, pues las balas invasoras son también ciertas, y al fin, los soldados de Carolina del Sur trepan por Occidente, por el lado mismo de los bastiones, y el Capitán Bernard, del Regimiento de Cazadores, llega á tocar con su impía mano nuestra bandera para abatirla: un balazo le hiere la mano, pero no desmaya; una nueva bala le hiere el mismo brazo y se le ve vacilar; pero. . . . ¡ay! el que tan certeramente tiraba ha caído ya á su vez para no levantarse más. . . . y la bandera nacional, envolviendo como un sagrado sudario el cuerpo de aquel bravo, rueda á la histórica barranca. . . .

Todo ha concluido; el Castillo de Chapultepec es y adel invasor; pero cuando el Teniente Brower conduce al General Bravo para que entregue su espada de vencido al General Cadwalader, ya no lo verán estos niños, porque ya no pertenecen á este mundo de un día, porque ya han volado al de la justicia eterna. Sus cuerpos destrozados yacen por distintos puntos, los miembros rígidos, la cara al cielo, y sobre sus cráneos ensangrentados un rayo de sol viene á descomponer en espléndidos iris los matices del humo de la pólvora que flota en el espacio!

¡Hermoso contraste! Los niños, los que vinieron á este plantel á recibir educación y ejemplo, son en esta vez los que dan ejemplo á sus sucesores y á sus conciudadanos.

Mas no se interpreten mal estas palabras mías; no quiera el cielo que yo pretenda condenar aquí á los espíritus menos severos de esos directores de la guerra, que dejaron morir á esos niños sin caer como ellos en el campo de batalla.

Debemos, como el alto pensador francés, no reconocer nunca el derecho de rigurosa condena hacia nuestros antepasados y nuestros mayores, porque debemos recordar siempre que cuando la vida era para nosotros ligera é indiferente, era ya bien grave y laboriosa para ellos.

Los impulsos que llevan á la heroicidad, todas esas ráfagas de sublime poesía pertenecen á la juventud; pero para convertir sus efectos en obras perdurables, han menester la labor reposada y serena de la edad mayor. Los acontecimientos están en la mano de Dios; los sentimientos y las pasiones están en el corazón del hombre, y á cada época y á cada edad corresponden distinta labor, condiciones distintas.

El hombre mismo á cuyo mando estaba esa fortaleza en aquella mañana trágica, es la comprobación viviente de esta verdad. El fué quien, siete lustros antes, luchando por la Independencia, dió aquel ejemplo del que no hallaremos semejante en la Historia, por más que abismemos nuestros ojos hasta los últimos límites del tiempo y del espacio.

Fué aquel don Nicolás Bravo que, al recibir la noticia de Morelos de que su padre, el noble y puro don Leonardo, acababa de ser ajusticiado con la pena de garrote vil en la plaza pública, no obstante haberse ofrecido por su rescate ochocientos escogidos prisioneros españoles, recibe con ella la siguiente orden á manera de compensación: «Pasad á cuchillo á todos los prisioneros que tengáis;» y él quien, en medio de aquella súbita é infinita orfandad, sabe sobreponer su causa á su persona, y piensa, siente, palpa, medita ó comprende que la guerra de Independencia no se hace por personas, sino por principios; que las represalias no son hijas de la libertad, sino de la tiranía; que para fecundar el surco donde el porvenir de los pueblos libres germina, no siempre es necesario verter sangre; que á veces basta condifundir ideas, y al apremio de su dolor que rugie, de sus nervios que saltan, de su carne que se rebela, responde con la razón que depura, con el perdón que olvida y con el olvido que perdona, y salva y liberta á trescientos prisioneros suyos que, atados los brazos, baja la cerviz, en fúnebres parejas aguardaban la muerte.

Entre el ímpetu glorioso de aquellos guerreros y el concentrado sacrificio de aquel jefe, existe, señores, el más santo equilibrio y el más armonioso vínculo.

Con razón la Providencia, que sabe lo que hace, quiso reunir en este mismo sitio de Chapultepec, en aquel momento trágico, en aquella hora de suprema prueba para nosotros, á la vejez y á la infancia, al cerebro y á los brazos, al abuelo y á sus nietos; ambos ejemplos vienen á recibir hoy su consagración, porque ambos se unifican, ambos se condensan, en comunión íntima, en el servicio nacional, como se confunden sus espíritus en esas dos banderas gloriosas, verdaderos testigos de triunfos y de derrotas, que presiden esta fiesta, colocadas ahí sobre el altar de la Patria, de esta amada Patria nuestra, en la que ya no hay rencores y en la que Dios permita que ya no haya luchas.

NÚMERO 116.

¡SURSUM CORDA! . . .

Poesía recitada por el señor don Rafael Cabrera en honor de los niños héroes defensores del Castillo de Chapultepec, el 8 de septiembre de 1910.

Victrix causa deis pla cuit, sed victa Catoni.
FARSALIA.—Libro I.—Lucano.

¡Otro inmenso dolor que se levanta
reclamando justicia de la Historia!
¡Un duelo más para la Patria santa,
y otra epopeya enorme, y otra gloria! . . .
Aquí, donde la vida,
al rumor de los siglos adormida,
es una eterna y loca primavera;
y pródiga la savia enardecida
arropa en verde manto la pradera,
y hasta el Tiempo suspende su carrera
por recobrar la juventud perdida;
aquí, bajo estas frondas rumorosas,
donde lloran las brisas fugitivas
el esplendor de otras edades bellas,
y hay más oro en las albas luminosas,
más ensueño en las tardes pensativas,
y en las diáfanas noches más estrellas;
aquí, donde los rayos triunfadores
arrastraron su lujo y su grandeza
y aun vibra de la noche en los rumores
una vieja canción que habla de amores
con incurable y lánguida tristeza;
en este peñascal hosco y erguido,
donde clavó nuestra águila su nido
por hartarse de campos y de cielos,
y guardar las brumosas lejanías,
y contemplar el sol todos los días
mientras crecen y empluman sus polluelos

Aquí fué donde, al soplo de la guerra,
por anhelos impuros ultrajada,
la justicia otra vez cayó por tierra;
aquí donde la Patria desolada,
si no halló la victoria
en la lucha titánica y sangrienta,
pudo vengarse de la innoble afrenta
guardando para sí toda la gloria;
aquí donde el rugido
de las rudas y bárbaras legiones
se alzó temblando hasta el peñón erguido,
despertó á los polluelos en su nido
y sublevó de horror sus corazones;
y aquí . . . donde á la voz de los cañones
de otras tierras hostiles y remotas,
como alud impetuoso descendieron
y aquí . . . donde cayeron
los aguiluchos con las alas rotas!

Eran la juventud . . . la vida nueva

el abundoso polen que se lleva
en sus alas el aire transparente;
el claro sol que barre con la bruma,
y el tímido capullo que impaciente
aun no rompe el botón y ya perfuma;
eran . . . el alba trémula del frío
que tñe de carmín los horizontes
y riega por los valles y los montes
oro de sol y llanto de rocío;
y eran sus vidas, puras y risueñas,
un vallado de rosas abriñeñas
que se opuso á la cólera de un río

Y eran la raza nuestra, diamantina,
de hondas nostalgias y de anhelos grandes,
dura en la lid y ante el peligro enhiesta;
y eran también la América Latina
que se alzaba en las cumbres de los Andes
con un grito sublime de protesta!

Y cayeron . . . ¡oh, Dios! . . . ¡y eran la vida!

Pero si aun mana sangre de la herida,
no manchará la injuria nuestros labios;
que nos vengó de todos los agravios
el altísimo honor de esa caída!

Si acaso hubo rencores, ya se han ido
Nuestro perdón borró, no nuestro olvido,
la afrenta que los ánimos encona;
que encima de la gloria de los fuertes
está la inmensa gloria de esas muertes
y el triunfo del vencido que perdona!

¡Cadetes de la Patria poderosa!
¡Símbolos de una estirpe victoriosa
que lleva confundida en sus entrañas,
con la sangre de un águila orgullosa,
la sangre del león de las Españas!

Mártires del honor y la hidalguía
en cuyos pechos jóvenes había
sólo amor y esperanza, y luz y trinos,
y que muertos al pie de una bandera
comprasteis con la vida pasajera
el derecho inmortal de ser divinos!
¡en pie! Sombras augustas, que el pasado
alza la frente pálida y ceñuda,
y de insignes laureles abrumado
desfila entre vosotros y os saluda

¡en pie! que deslumbrante
se acerca, y dolorida,
la raza melancólica y errante
que nos dejó con su alma de diamante
su vago desconsuelo de la vida:
la raza de los reyes que soñaban
y eran dulces poetas,
y el dolor del tormento desafiaban,
y en los profundos cielos incrustaban
sus agudas y trémulas saetas

¡En pie! que altivos pasan los guerreros,
al viento de la Patria los plumeros,

NÚMERO 117.

8 DE SEPTIEMBRE.

Poesía recitada por el señor don Gonzalo de Murga en honor de los niños héroes defensores del Castillo de Chapultepec, el 8 de septiembre de 1910.

I

Mirad . . . Del Tiempo la caudal corriente
ya en silencio serpea
por fabulosas márgenes dormidas,
ya se despeña con salvajes ímpetus
en las negruras de rugiente abismo,
ó ya con blando curso, en áureo lecho,
mientras musita una canción de amores,
fecunda cultivadas heredades,
tributando sus linfas generosas
al misterio oceánico: lo Eterno

II

En el templo, del órgano resuena
la voz jocunda y llena,
y en espirales sube
del aromoso incienso densa nube:
ofrendas de la fe; fe de almas puras
que bendicen al Dios de las alturas;
fe que en acción de gracias hoy se eleva,
al recordar la hazaña
con que inició Pelayo en el Auseba
la reconquista épica de España

III

En este agosto bosque milenario,
que fué de mil proezas escenario
—donde nuestra memoria
hace surgir, del cielo legendario,
los héroes ungidos por la gloria—,
parece que la voz de los clarines,
rasgando del no ser la cierta bruma,
traspasa de la vida los confines;
y á la estirpe imperial de Moctezuma
y á los Barrera, Escutia, Montes de Oca
—¡próceres del Anáhuac y cadetes!—
al amor de los viejos ahuehuetes
para una fiesta de la paz convoca.

IV

En nuestro parque, abrazaráse luego
á vuestro pabellón nuestra bandera,
como dos lumbraradas de una hoguera,
cual dos lenguas de fuego
que se confunden en la misma llama:
nuestro culto al terruño solariego,
y el patriótico fuego que os inflama.
Símbolo de que en ambos pabellones

que tiemblan en sus frentes impasibles,
con un fulgor ante los ojos fieros,
y en los duros y lípidos aceros,
acechando cien muertes invisibles

Mirad las multitudes apretadas
que «¡honor y gloria!» os dicen;
contemplad las mujeres desgrefñadas
que, al inmenso clamor entusiasmadas,
os muestran á sus hijos y os bendicen;
mirad á los patricios vencedores
que llevan en sus rostros atezados
el orgullo de todas las hazañas,
la tristeza de todos los dolores,
la bravura de todos los soldados
y la gloria de todas las campañas

¡En pie! que á diana tocan las trompetas,
y entre un bosque de agudas bayonetas
pasan los desgarrados pabellones,
á cuya sombra, en los antiguos días,
se cubrieron de honor nuestras legiones
por defender sus águilas bravías!

¡En pie! que atropellando las edades,
llega un soplo que el ánimo estremece
como un vasto rumor de tempestades,
y anuncia su voz limpia y sonora
el orto de la Patria, que parece
en el diáfano azul como una aurora!

¡En pie! cadetes, contempladla, es Ella!
es la madre fecunda siempre bella,
de inmarcesible juventud florida,
que arrebató de amor los corazones,
que nutrió con su seno vuestra vida
y os durmió en la niñez con sus canciones

Es . . . el hogar distante que blanquea,
es la verde quietud de la cañada,
y la torre musgosa de la aldea
cuyo esquilón pesado voltejea,
saludando jovial vuestra llegada

Es . . . el polvo sagrado
con la sangre y las lágrimas regado
en que durmiendo están nuestros mayores;
la tierra de las glorias rutilantes,
ceñida por dos mares espumantes
y arrullada por todos los amores

Es la Patria que enjuga dulcemente
el llanto que en sus ojos se deslía,
y os baña con su luz resplandeciente,
y os mira suspirando, y os sonría,
y os da un beso inmortal sobre la frente!

el genio hidalgo de la raza anida,
y en nuestros corazones
el amor, que es el alma de la vida!
Bendito amor, fraternidad sublime
que de añejos rencores nos redime,
que apaga de la lucha el clamoreo,
y que de toda escoria,
en las aguas lustrales del Leteo,
purifica la Historia...

V

Extinta y olvidada la contienda,
tributada en espíritu una ofrenda
á Guzmanes, á Cides, á Isabeles...
por ser vuestra también nuestra leyenda,
¡gloriosa como un bosque de laureles!
Vuestro, además, nuestro decir vibrante,
que engarza en armonía el pensamiento,
ya musite quereres un amante,
ya florezca en plegaria el sentimiento,
ó ya bardo viril de noble acento
las energías de la raza cante.

VI

Si el épico Cuauhtémoc su entereza
os legó para pasmo de las gentes,
espejo en que os miréis sus descendientes
y roca en que fundar vuestra grandeza;
de los conquistadores
—¡audaz legión de indómita bravura!—
y del modesto Cura
que hizo inmortal el Grito de Dolores,
por el alma bronceínea
sois herederos, en heroica línea:
avalorando la ideal herencia
el gesto de Pelayo en Covadonga,
que á través de la raza se prolonga
¡como una vibración de independencia!

NÚMERO 118.

Informe leído por el señor Ingeniero don Antonio Rivas Mercado, Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, en el acto de la inauguración de la Columna de la Independencia, el 16 de septiembre de 1910.

Señor Presidente de la República:
Señoras y señores:

La Nación Mexicana tenía que saldar una deuda de gratitud con los que la habían hecho libre é independiente; por esa razón el Congreso Constituyente decretó se levantaran monumentos á los principales caudillos de nuestra emancipación política y que sus nombres, así como los de los otros jefes sus colaboradores, fueran inscritos con letras de oro en el salón de sesiones del Cuerpo Legislativo.

Erigidas en diversos puntos de la República y en la Capital esta-

tuas más ó menos importantes en honor de esos caudillos, se pensó en diversas ocasiones construir un monumento que, glorificando á los héroes que para darnos patria libre no vacilaron en sacrificar sus vidas, perpetuara dignamente el recuerdo de la realización de sus ideales: la Independencia, base del progreso que México ha alcanzado; mas las penurias del erario nunca habían permitido en épocas anteriores realizar obra tan justa. Estaba reservado á la administración actual llevar á cabo esa patriótica idea. En 1901, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas se dignó encomendarme el estudio de un proyecto arquitectónico con el fin indicado, y, no obstante que comprendí las dificultades del asunto y mi insuficiencia, juzgué un deber de patriotismo aceptar tan honroso encargo, desplegando todos los esfuerzos posibles para corresponder á la confianza que se me había dispensado.

Por único programa para mi composición, me fueron impuestas dos condiciones: Que el monumento había de consistir en una columna conmemorativa y que dicha columna debía erigirse en la cuarta glorietta del Paseo de la Reforma. Esta glorietta, la mayor y la más baja de todas las de dicho Paseo, mide doscientos metros de diámetro, y se halla en la intersección de dos calzadas, la de la Reforma, de 50 metros de ancho, y otra de menor amplitud.

Desde luego surgía la dificultad de que una obra arquitectónica de forma cilíndrica y de masa restringida en el sentido del diámetro, como lo es toda columna, emplazada en el centro de un sitio despejado, de grandes dimensiones, y no circundado por elementos que pudieran servir de términos de comparación, tales como casas y árboles, ofrecía el peligro de empequeñecerse en el espacio, desvirtuándose el aspecto monumental, por grandes que fueran las dimensiones de la composición.

Otra dificultad no menos grave era que la columna como tipo de monumento conmemorativo ha sido forma adoptada desde remotas épocas en multitud de ocasiones, y, por consiguiente, bien puede calificarse de idea vulgar en arquitectura. Imponer la columna como tipo para el monumento, era, pues, una traba para la originalidad, y, además, utilizarla sola, como único elemento de composición, era poco eficaz para expresar en este caso la idea compleja de conmemoración de la Independencia y glorificación de sus héroes, que demanda diversas estatuas sobre pedestales.

Basta recordar los grandes ejemplos que ofrece la Historia del Arte en materia de columnas conmemorativas aisladas, para convencerse de que la sencillez de esa forma arquitectónica está siempre en consonancia con la del asunto tema de la composición: ya desde los tiempos en que Roma, en el apogeo de su grandeza y poderío, llevaba sus triunfantes legiones hasta los confines del mundo entonces conocido, hubo la idea de emplear la columna aislada amplificando considerablemente las dimensiones que por lo general se le asignaban como elemento constructivo en los edificios y creándose, así, un tipo de arquitectura monumental conmemorativa, de la que es el más bello ejemplo la columna levantada en la ciudad de los Césares en honor de Trajano. Proceden de esta columna muchas otras, erigidas en diversas épocas, tales como la Antonina, en Roma, y la de la Plaza Vendôme, en París, muy semejantes á la Trajana, y las del Gran Ejército, en Boulogne; la de Alejandro, en San Petersburgo, y la de Julio, en París.

En todas estas columnas se trata de conmemorar ó las hazañas de un hombre ó el triunfo de una idea, mediante una sencilla dis-

posición arquitectónica: la columna descansa sobre su pedestal prismático y ornamentado con atributos simbólicos, en bajo relieve. El fuste lleva enrollada en espiral la historia del héroe, ó bien se halla estriado ó con anillos é inscripciones. El capitel, más ó menos rico, soporta en la mayoría de los casos una estatua. Los arquitectos del siglo pasado lograron unir á la clásica columna aislada, pedestales con figuras formando armoniosos conjuntos arquitectónicos, propios para la expresión de ideas complejas, como la nuestra; así es que tales obras tenían que ser las fuentes que inspiraran el proyecto mexicano. Entre ellas merecen especial mención la columna proyectada en honor de la Asamblea Constituyente Francesa y que por desgracia no se ha llevado á cabo aún, y la columna de Lima, erigida en recuerdo de la victoria del Callao, obtenida sobre la flota española por las Repúblicas aliadas del Perú, Bolivia, Chile y Ecuador, Repúblicas representadas por figuras alegóricas sobre sus respectivos pedestales y adosados al de la columna; glorificándose, además, en la misma obra, al héroe del hecho de armas, el Coronel Gálvez, cuya escultura se halla al pie del monumento. Estas obras de arte suministraban enseñanzas, tanto para resolver el problema de expresar arquitectónicamente ideas complejas, como el de aumentar la masa del monumento, á fin de que no se menoscabasen las dimensiones del conjunto por lo escampado del sitio de emplazamiento.

La composición que hoy se inaugura consiste en una columna, como el programa lo podía, pero dispuesta sobre un pedestal de modo de recibir, no solamente la Victoria alada, símbolo de nuestra Independencia, que descansa en el vértice superior del monumento, sino también las figuras de los principales caudillos, agrupadas en torno de la base de la columna, y diversas estatuas alegóricas sobre pedestales adyacentes. Descansa este conjunto sobre una plataforma á la que se asciende por grandes escalinatas y que ostenta en cuatro puntos extremos balastradas con grandes farolas, obteniéndose, así, el ensanche de la masa arquitectónica en el sentido horizontal. Está ahuecado el monumento, lo que permite, por un caracol de piedra, el ascenso á la parte superior del capitel, en donde se halla un balcón á treinta y cinco metros y medio de altura, que permite contemplar los panoramas de los alrededores. El material empleado de un modo dominante es la *chiluca* de Santo Tomás Tlalmanalco, piedra de color gris azulado, que favorece los efectos de claro oscuro y la nitidez de los ornatos. Las escalinatas son de granito de Monte Orfano y el pavimento de la plataforma es de mosaico, en el que realzan los dibujos, mármoles italianos como el verde de Génova, el rojo y el amarillo de Verona. Las balastradas y los obeliscos que sostienen las farolas en la plataforma, son de granito rosa de Bavona.

En la vista principal del monumento, el pedestal lleva inscritas estas palabras:

«LA NACION
A LOS HEROES
DE LA INDEPENDENCIA.»

Y delante de esta inscripción, un león gigantesco de bronce, conducido por un niño, simboliza al Pueblo, fuerte en la guerra y dócil en la paz. En la parte posterior del mismo pedestal, otra inscripción relatará la historia del monumento, y en sus cuatro ángulos, se hallan sentadas las figuras en bronce de la Ley, la Justicia, la Guerra y la Paz. Coronan el pedestal, en primer término, el grupo marmóreo del iniciador de la Independencia, el inmortal Hidalgo, miran-

do hacia la ciudad y recibiendo el homenaje de la Patria y de la Historia, y en los ángulos, las estatuas de Morelos, Guerrero, Mina y Bravo, ejecutadas también en mármol. Una fama, en bajo relieve, ornamenta la parte inferior posterior del fuste, labrada en la *chiluca*. Enriquecen dicho fuste, en parte estriado, ornatos simbólicos: guirnalda, palmas y anillos con los nombres de los colaboradores de los grandes héroes. El capitel lleva en sus cuatro caras las águilas del escudo mexicano y en el remate del monumento luce en bronce dorado, elevándose á cuarenta y cinco metros diez y seis centímetros de altura, la estatua alada, símbolo de la Independencia, que lleva en las manos la cadena rota y el laurel.

La Secretaría de Gobernación, encargada, después de la de Obras Públicas, de la erección del monumento, empleó todos los medios posibles, sin reparar en gastos, para contrarrestar los efectos del gran fenómeno de los hundimientos del suelo en que se asienta la ciudad de México, fenómeno que tanto preocupa á todos los constructores por la influencia que ha ejercido, así en las construcciones antiguas como en las modernas. Con este fin nombró una comisión especial compuesta por el señor Arquitecto don Manuel Gorozpe y los señores Ingenieros don Guillermo Beltrán y Puga y don Gonzalo Garita, que trabajaron empeñosamente en pro de los nobles esfuerzos de la Secretaría de Estado, favoreciendo la labor de la comisión el sistema constructivo ideado en el monumento, pues consiste en un aparejo de piedras de dimensiones no exageradas y, por tanto, fáciles de manejar por medio de una grúa movida por vapor é instalada desde el principio de los trabajos, y que se ligan unas á las otras según los sistemas de los artistas griegos y medioevales; merced á todo ello, pudo desarmarse la construcción, corregirse el hundimiento y volverse á armar en unos cuantos meses. Tanto el despiece como la colocación de las juntas de las piedras fué objeto de especial estudio por parte del compositor para alcanzar el disimularlas en unos casos y en otros servir de elemento ornamental en bien del aspecto general de la obra.

La estatuaria fué modelada por el escultor don Enrique Alciati, Profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes, desbastándose en Carrara las estatuas de mármol, y concluyéndose en México; las estatuas de bronce fueron fundidas en Florencia, de acuerdo con los modelos enviados. Los modelos en *staff* para los ornatos, fueron ejecutados en París, adonde tuvo que trasladarse el autor de la obra para que se hicieran bajo su inmediata dirección, siendo tallados hábilmente en la piedra, en México, por el ornamentista Nezzi y Regazoni.

Tal es, señores, en breves términos, la obra emprendida con el mayor ahínco y sin otro anhelo que colaborar dentro de la medida de mis fuerzas en la nobilísima obra de Porfirio Díaz: rendir el homenaje que debemos los mexicanos á los héroes de la Independencia. He dicho.